

JUBILACIÓN (UNA POÉTICA)

Luis ARTIGUE

A José Enrique Martínez

Un poema que nos deje solos
ante un vino rojo espeso
que demande queso y pan.

Un alegato de la fluidez
musicalmente irregular
o audaz —siempre nos gustó
que la métrica fuera
una imprecisión complementaria
con la que también hablar
de la impredecibilidad
que caracteriza todo—.

Sí, un poema
tan sórdidamente confesional
como una mazmorra de alterne,
o una herida larga y lenta
como un blues, o ciertas gotas
de luna diluida
en la lucerna de la casa madre.

Un intercambio simbiótico.

Una noche tan eficientemente oscura
como para que nos aflija
el paisaje de nuestra alma
y en la que ambos seamos ordenados monjes
de la palabra y la escucha,
a pesar de seguir siendo nosotros:
tú con tu rostro emperillado
de Thelonius Monk blanco

y tus gafas que leen solas,
pero siempre tan sinfónico
o poco activo en el reino
de la disidencia y la discordia;
yo tan ebrio de jazz
como quien ya ha pagado
el republicano precio
de aquellos que se exceden en pasión,
pero no deja de hacer de vez en vez
ese alegato contra la vida breve
que es el hablar sin pausas.

Un poema
transitivo.

Un concierto de música versal
tan fervorosamente heterodoxa
como un santo que liga para ser más perfecto,
el cual nos reúna y perfume con los sonidos del otro
al tiempo que nos confiese que no se trata del dogma
sino del hombre...

Ahora que eres lo suficientemente viejo
para saber que cuanto más viejo te haces
más profundo es el amor que necesitas
te convoco en verdad a un poema jazzístico, aventurero, raudo, loco
que nos haga mirarnos de modo tan inspirado, extraacadémico,
que haga falta tachar las preceptivas
para reconocer
que tenemos un algo de ventrílocuos;
que a veces hay cosas que quieren hablar
y, si permanecemos en extenuante silencio,
podremos oírlas,
y si, además, somos
bendecidos vendimiadores de la luz
podremos escribirlas...

Eso, un poema que nos deje a solas
con una botella de vino
que no haga otra cosa que acabarse.

Un concierto para orquesta
y sirena de coche patrulla.

Una despedida encharcadamente emotiva
escrita así, con el corazón en la mano
y cierto miedo a temblar por si se me cae,

el cual acabe antes de apagar la luz
del asfixiante oficialismo

diciéndote

gracias.

TROPELIÁS